

Premio Campus 50

Un antimonumento en la ciudad universitaria

Carlos Arturo Fernández Uribe

Cuando a finales del siglo XIX el escultor francés Augusto Rodin recibió el encargo de crear un monumento en homenaje al escritor Honorato de Balzac, pensó que lo más importante que podía destacarse en él era su esfuerzo sobrehumano para escribir sus obras. A través de un largo proceso de estudio, del cual nos queda el testimonio de numerosos dibujos y bocetos de escultura, Rodin llegó a la conclusión de que no era tan importante exaltar al autor glorioso sino, mejor, al angustiado trabajador de las letras que permanecía todo el día en levantadora para no caer en la tentación de suspender la escritura y salir a disfrutar de los placeres de la vida callejera. El escándalo que generó la obra se extendió a lo largo de varias décadas, hasta cuando, finalmente, fue instalada en una vía de París donde todavía hoy resulta difícil de ver. El de Balzac no es un monumento, no exalta a un personaje de la manera tradicional, ni se refiere a los privilegios de los olímpicos artísticos y culturales sino, más bien, al mundo del trabajo y de la vida de cada día. Es un antimonumento.

A los dramas de la realidad cotidiana en la posible destrucción del medio ambiente, y no al pasado o al presente gloriosos de la Universidad de Antioquia, se refiere la obra ganadora de la convocatoria Premio Campus 50 con la cual se celebran los 50 años de la Ciudad Universitaria.

La Universidad de Antioquia: un museo abierto

A lo largo de los últimos veinte años, la Universidad de Antioquia ha desarrollado un

ambicioso programa de instalación de obras de arte en espacios abiertos, hasta configurar un verdadero museo al aire libre, en armonía con la naturaleza: más de un centenar de pinturas y esculturas, ubicadas en todas las sedes de la Universidad en el Departamento de Antioquia, e incluso en espacios públicos por fuera de los recintos académicos, contribuyen a crear ambientes más ricos para la formación integral de la comunidad, a través de la aproximación a las manifestaciones del arte. Este “museo abierto” constituye un patrimonio cultural y artístico de primer orden que se extiende desde la Universidad hacia todos los públicos y que confirma el papel de la Alma Máter como creadora de cultura.

Pero la presencia del arte en los espacios de la Universidad, y de manera especial en la sede central, es tan antigua como la misma Ciudad Universitaria. Y no solo por la reconocida calidad artística de su arquitectura y urbanismo (es el único campus del país declarado en su totalidad como Bien de Interés Cultural del Ámbito Nacional), sino también porque, en efecto, dentro de la construcción de la ciudadela aparecen obras de arte que forman parte integral del proyecto original, obras que fueron realizadas al mismo tiempo que los distintos edificios, y desde el comienzo recibían a quienes llegaban a la Universidad de Antioquia: *El hombre creador de la energía*, en la Plazoleta Central; *el Prometeo-Cristo cayendo*, en el bloque administrativo, ambas esculturas de Rodrigo Arenas Betancourt, y *El hombre ante los grandes descubrimientos de la física*, en la Biblioteca Central, pintura mural al fresco de Pedro Nel Gómez. En la misma dirección, cobra importancia fundamental que estos recintos,



Male Correa, *Cuarto de hotel*, acrílico sobre lienzo, 100 x 90 cm, 2002

todavía en proceso de construcción, acogieran en 1968 la Primera Bienal de Arte de Coltejer. Así, la mayor parte de los ciudadanos que entre mayo y junio de ese año inaugural de la nueva sede llegaron hasta ella, vinieron

a conocer simultáneamente la más extraordinaria casa de estudios de nuestra historia y la más importante exposición de arte de la que se tuviera noticia hasta entonces en el país. Y en el mismo año, al calor del impacto de la

Primera Bienal, la Universidad convoca el Primer Salón Nacional de Artistas Jóvenes que da origen a los Premios Nacionales de Cultura Universidad de Antioquia.

Por eso, celebrar los 50 años de la Ciudad Universitaria y de los Premios Nacionales de Cultura es, al mismo tiempo, recordar 50 años de presencia constante del arte en los recintos académicos. Y, para conmemorarlo, nada mejor que proponer una convocatoria especial: el Premio Campus 50, Escultura Monumental.

Premio Campus 50

A diferencia de las restantes modalidades de los Premios Nacionales, la misma naturaleza del Premio Campus 50, Escultura Monumental, implica que se convoque una única vez, en este año 2018.

La convocatoria del Premio Campus 50 invocó los valores contemporáneos de la universidad pública, dentro de los cuales se plantearon de manera explícita el desarrollo sostenible, el conocimiento, la paz, la equidad y el medio ambiente. A los artistas escultores de todo el país se les propuso presentar proyectos en los cuales se pensarán “[...] los nuevos retos de la universidad contemporánea, especialmente los referidos a un panorama de reconciliación, donde la naturaleza y la ecología serán garantía de bienestar general” (Resolución Rectoral 44050 de 2018). El resultado debía ser una escultura de carácter permanente, destinada a ser emplazada en la Ciudad Universitaria: “Los medios constructivos proyectados pueden corresponder con cualquier solución formal experimentada por la escultura contemporánea, siempre y cuando garanticen larga duración en el tiempo y óptimo manejo en lo relativo a su mantenimiento y conservación” (Resolución Rectoral 44050).

Se recibieron 12 propuestas que fueron analizadas por el jurado integrado por Claudia Hakim, Jorge Mario Gómez y quien esto escribe. De acuerdo con la reglamentación del Premio, se escogieron como finalistas las propuestas *Homenaje a Josef Albers* de Iván Fernando Hurtado Arango, *Pliegue en la montaña* de Nadir Figueroa Mena, y *Geófago* de Gabriel Botero Serna.

Posteriormente, se entró a deliberar sobre las obras finalistas y, por unanimidad, el jurado otorgó el Premio Campus 50 a la obra *Geófago*, de Gabriel Botero Serna, maestro en Artes Plásticas y magíster en Artes Plásticas y Visuales de la Universidad Nacional de Colombia —Sede Medellín—, quien actualmente se desempeña como docente en la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia.

El jurado pudo contar con el amplio material aportado por cada uno de los proponentes: presentación gráfica, planteamiento teórico, descripción de procesos técnicos de producción, presupuestos y cronogramas.

Un monumento inquietante

Geófago, de Gabriel Botero Serna, es un monumento inquietante, problematizador y crítico, como corresponde al espíritu y a los valores de la institución universitaria y, de manera especial, de la universidad pública en el contexto colombiano contemporáneo. Su realización no será, desde ningún punto de vista, una celebración festiva que conmemore con nostalgia o lea con optimismo el medio siglo transcurrido desde que la Universidad ocupa estos espacios del campus.

La obra, que estará ubicada en el jardín sur del bloque 17, conocido como la Capilla Universitaria, está conformada por unas 250 piezas en bronce, con la forma y el tamaño de las herramientas que en Colombia se conocen como



Male Correa, *Hotel El Arriero*, acrílico sobre lienzo, 120 x 90 cm, 2002

mismo Gabriel Botero ha hecho en sus trabajos recientes a las escolopendras, que habitualmente conocemos como “ciempiés”, insectos carnívoros capaces de colonizar casi cualquier territorio. Se nos aparecen con frecuencia como pequeñas curiosidades de jardín, pero se nos escapan su agresividad y violencia; sin embargo, como ocurre siempre en la naturaleza, a pesar de su apariencia atemorizante, también pueden verse como benéficos depredadores que nos liberan de muchas plagas más indeseables que ellas mismas.

El conjunto de piezas de Gabriel Botero tendrá unas dimensiones de 3 por 3,5 por 2,8 metros, lo que implica la instalación de una presencia que aparecerá como poderosa e inclusive amenazante para el observador que pase junto a ella, porque la estructura de esas dos espirales encontradas es intensamente dinámica, con una sugerencia de vida y de posibilidad de movimiento que no podemos evitar.

Historia, universidad y sostenibilidad ambiental

“picos”; dichas piezas, montadas y soldadas una sobre otra, están articuladas en dos formas espirales que se enrollan entre sí. En cada una de las dos espirales, los picos de bronce se mantienen estables, amarrados con una “médula” metálica que conserva la forma.

De alguna manera, la organización de los picos en las dos espirales sugiere la configuración de unas especies de columnas vertebrales, como si nos encontráramos ante los restos de la destrucción y la muerte. Sin embargo, quizá sea más pertinente la referencia que el

Geófago no es un monumento puesto al servicio de la belleza ni interesado en exaltar los logros de nuestras tradiciones históricas. En la línea del *Balzac* de Rodin, se puede decir que es un auténtico “antimonumento”, difícil de apreciar porque cuestiona nuestros hábitos y la lectura aceptada de nuestra historia.

Con demasiada frecuencia nos acogemos a una visión de la historia regional definida a partir de la gesta heroica de nuestros mayores que a partir del siglo XIX emprendieron y lograron la colonización de casi todo el occidente del país

que, hasta entonces, en palabras de Bolívar, únicamente podía ser caracterizado como “las soledades de Colombia”. La colonización antioqueña fundó pueblos y ciudades, creó vías de comunicación y abrió amplísimos espacios para la agricultura y la ganadería. *Horizontes*, la obra maestra de Francisco Antonio Cano, es la más lograda celebración de esa epopeya. Y el campesino de *Horizontes*, padre de familia que trabaja incansablemente por su mujer y por su hijo, mientras señala los espacios que abren su futuro empuña en sus manos la herramienta de sus esfuerzos: el hacha, “el hacha que mis mayores me dejaron por herencia”, como dice *El canto del antioqueño*, de Epifanio Mejía que convertimos en nuestro himno regional. Pero no podemos olvidar que colonizar y abrir selvas implicó, al mismo tiempo, una destrucción ingente de nuestras riquezas naturales y ambientales: cara y sello de la misma moneda.

Geófago puede ser, de alguna manera, una nueva versión de “el hacha de mis mayores”. Quizá esta especie de monstruo tecnológico aparece aquí para hablarnos del peligro de una nueva y quizá mayor destrucción que ahora enfrentamos. Frente a *Geófago* se tiene la sensación de que nos encontramos frente a una realidad viva o, por lo menos, con posibilidad de movimiento y de acción. Inevitablemente se tiene la certeza de que, en cualquier momento, esa máquina terrorífica y gigantesca puede ponerse en movimiento y, también con certeza, sabemos que, si ello ocurre, será la destrucción total: es un “geófago”, un ser que devora la tierra misma y frente al que parecemos impotentes.

Pero, justamente, entonces surge la confrontación más dramática. Porque no es un monstruo que se mueva solo. Es apenas un conjunto de picos. Como las escolopendras, tampoco estas herramientas tendrían por qué ser vistas como intrínsecamente malas. Sin embargo, su carácter amenazante nos habla en otro sentido: son

las mismas herramientas con las cuales destruimos los campos de cultivo para extender placas de cemento; o incluso aparecen como una especie de símbolo de las maquinarias que utiliza la minería, muchas veces ilegal, para extraer la riqueza y dejar solo la miseria. Por eso, *Geófago* no es una celebración bucólica sino un llamado de atención, angustiante y doloroso, acerca de la necesidad de respetar el medio ambiente y el territorio, si es que todavía soñamos con un futuro sostenible, de paz y de equidad.

Sin embargo, este grito del arte tampoco es inédito; en efecto, en *Geófago*, de Gabriel Botero, también pueden encontrarse resonancias de las obras de arte “fundacionales” de la Ciudad Universitaria. Desde hace medio siglo, el fresco de Pedro Nel Gómez en la Biblioteca Central habla con elocuencia, no solo de los progresos de la ciencia sino también, y sobre todo, de la destrucción de los valores humanos a los que nos enfrenta el uso hegemónico de la tecnología. Y Rodrigo Arenas Betancourt nos recuerda que el hombre no es solo creador de la energía y del futuro sino también un Prometeo a quien el orgullo de su potencia conduce al fracaso y la destrucción.

Por eso, *Geófago* se ubica en una historia crítica, como es la historia de la Universidad de Antioquia, y en coherencia con el sentido que la Universidad se ha planteado siempre frente al arte: no un adorno social ni la celebración complaciente de logros ya alcanzados, sino la obra de arte como pregunta nunca cerrada, siempre inquietante y crítica acerca del sentido de los procesos históricos, políticos, sociales y culturales de nuestra sociedad.

Carlos Arturo Fernández Uribe dirige el Grupo de Investigación Teoría e Historia del Arte en Colombia y se desempeña como profesor de la Facultad de Artes